

Y empresa tal fué llevada á cabo con decisión, en favor del preceptor querido, por el discípulo agraciado y siempre agradecido. Se jugaba en ella la vida propia y la del hermano predilecto; pero cuando rebosa la gratitud en los grandes y bien puestos corazones, se eleva como perfume en la inmensidad del espíritu para inspirar, en noble y generoso arranque, el hecho heroico y la aceptación de sacrificios.

En la conspiración contra el poder de Santa Anna, en que figuraba el citado señor Pérez, hacía uno de los principales papeles Porfirio Díaz. Como hemos dicho, la conflagración era general en la República.

Pero copiemos de la Autobiografía del general Díaz el lance que lo hizo arrojar definitivamente al palenque de la lucha armada:

«La política dictatorial y retrógrada del general Santa Anna, — escribe, — y su persecución á los liberales, ocasionaron una reacción en el país, que vino á culminar con la proclamación del Plan de Ayutla en Enero de 1854, cuya revolución encabezó el general D. Juan Álvarez, uno de los pocos cardillos de la Independencia que aun sobrevivían. Poco después, imitando Santa Anna á Luis Napoleón, quiso obtener un plebiscito en su favor y ordenó que se tomara una votación popular que decidiera quién debería ejercer la suprema dictadura.

»Estaba yo supliendo la cátedra de Derecho natural, cuando el director del Instituto, que lo era entonces el doctor D. Juan Bolaños, citó á todos los catedráticos para ir á votar en cuerpo el 1.º de Diciembre de 1854. Me negué á concurrir; pero teniendo esperanzas de que durante la votación hubiera algún escándalo que motivase alzamiento en armas, y creyendo que podría hacerse algo, sin embargo de que esto era imposible, pues el gobierno había puesto en guardia muchas fuerzas y hasta cañones, me dirigí separadamente al portal de Palacio, en donde se estaba recibiendo la votación. Presidía la mesa el general D. Ignacio Martínez Pinillos, que era el gobernador y comandante militar del Estado, ó Departamento, como entonces se le llamaba, cuando llegó el cuerpo académico. El jefe de la demarcación donde yo vivía, D. Serapio Maldonado, se presentó diciendo que votaba por la permanencia en el poder y dictadura del general Santa Anna por tantos individuos varones, que eran vecinos de su demarcación; y entonces supliqué á la mesa que descontara un voto de ese número, porque yo no quería ejercer el derecho de votar.... En seguida llegó el cuerpo académico del Instituto, y todos los catedráticos votaron en favor del citado general y pusieron sus respectivas firmas. Cuando terminó el acto, el licenciado D. Francisco S. de Enciso, que era catedrático de Derecho civil, me preguntó si al fin no votaba yo. Contesté en los mismos términos en que me había excusado con el general Martínez, esto es, que éste era un derecho que libremente podía ó no ejercerse.

— »Sí, — me contestó Enciso; — y uno no vota cuando tiene miedo.

»Ese reproche, que me quemó como un botón de fuego, me hizo tomar la pluma que se me había ofrecido; me abrí paso entre los concurrentes y puse mi voto para la presidencia en favor del general D. Juan Álvarez, que figuraba como jefe de la revolución de Ayutla.»

Por tal manera pasó Díaz el Rubicón, en presencia de un público sobrecogido de estupor: el guante estaba arrojado y nuestro biografiado en pie, sobre la arena del combate.

### III

#### Comienza la lucha

1855-1856

**T**RAS de la sorpresa causada en el ánimo de las autoridades, vino la reacción, y se libraron apremiantes órdenes de captura contra el joven Díaz, que había desaparecido entre la multitud que hacía ó presenciaba en la plaza de Oaxaca la votación en favor del dictador.

El perseguido, salvando activo algunas dificultades, se arma y monta á caballo; acompañado de otro hombre resuelto, atropella al paso á los que pretendían aprehenderlo, y al galope los dos jinetes se pierden en la sombra por el camino de Ejutla para dirigirse á la Mixteca, donde los campesinos se levantaban en armas contra la dictadura de Santa Anna.

Porfirio Díaz desde el primer momento se mostró superior é influyó en el ánimo del grupo de pronunciados que encontró, y que mandaba un Labrador llamado José María Herrera, de cuya voluntad supo luego adueñarse.

Indígenas, labriegos casi sin armas, formaban aquel grupo, que luego, maltrecho cual se hallaba, tuvo que entrar en combate.

Dice el general Díaz en su Autobiografía á este respecto: «Dispuse que esperáramos en la cañada de Teotongo al teniente coronel Canalizo, del 4.º de caballería, que venía á atacarnos con una columna de infantería y caballería, compuesta como de 80 á 100 caballos y 50 infantes, que mandaba el capitán Ortiz, del 10.º de infantería. Esta era muy poca fuerza, pero la mitad habría bastado para hacernos pedazos si no hubiéramos contado con los grandes accidentes del terreno. Apenas tendríamos armados unos veinte ó treinta individuos con escopetas, y los demás de nuestros hombres traían hachas, garrochas de trabajo y otros instrumentos de labranza.

»En un aguaje que hay en la cañada de Teotongo, con exuberante vegetación, me pareció natural que los soldados, con la fatiga, se detendrían á beber agua. En efecto, se detuvieron muchos, sobre todo infantes, pues la caballería siguió su camino. Nosotros habíamos aflojado muchos peñascos en el cerro, dispuestos con palancas para hacerlos rodar en un momento dado. Cuando los soldados estaban bebiendo agua, les hicimos una descarga, y á la vez les cayó una avalancha de grandes piedras, con lo que les causamos graves perjuicios. Este fué el primer encuentro en que me hallé.»

El bautismo de fuego había tenido efecto. Por lo demás, el tiroteo, en medio del desorden de la fuerza de línea que huyó, y el de los pronunciados, quienes para guarecerse mejor en los cerros se

dispersaron, dió por resultado que Díaz quedara solo con dos hombres montados, que de antemano le acompañaban.

Tras del estruendo pasajero, el silencio y la soledad rodeando á aquellos tres jinetes, que se dibujaban en lo alto de la montaña sobre un horizonte inmenso.

En vano era pretender reunir á los labriegos para formar una fuerza consistente capaz de expedicionar con ella, pues únicamente á la inmediación de sus rancherías y entre los peñascos de la sierra hacían la guerra á su modo, preparando y aprovechando ó no la emboscada. El teatro aquél, por lo demás, era bien reducido para quien se sentía con grandes alientos para los recios embates de gigantes luchas.

Porfirio Díaz, con sus dos acompañantes, se retiró de aquellos lugares, y dió principio á una peregrinación difícil de unos tres meses, que terminó con el cambio de personal del gobierno de Oaxaca, verificado en virtud de ciertas componendas políticas, comunes en aquellos tiempos.

Nombrado secretario en la nueva administración un reconocido liberal, D. Cenobio Márquez, éste mandó dar seguridades al fugitivo de que no sería molestado en su persona si volvía á la capital, lo cual verificó para de nuevo emprender otra salida algunos días después, con motivo de otro cambio de autoridades superiores.

En tanto Santa Anna, sobrecogido ante el gran levantamiento de los pueblos, ante la revolución formidable que llevaba por todas partes su bandera victoriosa, sale de México y emprende la fuga, embarcándose en Veracruz el 13 de Agosto de 1855.

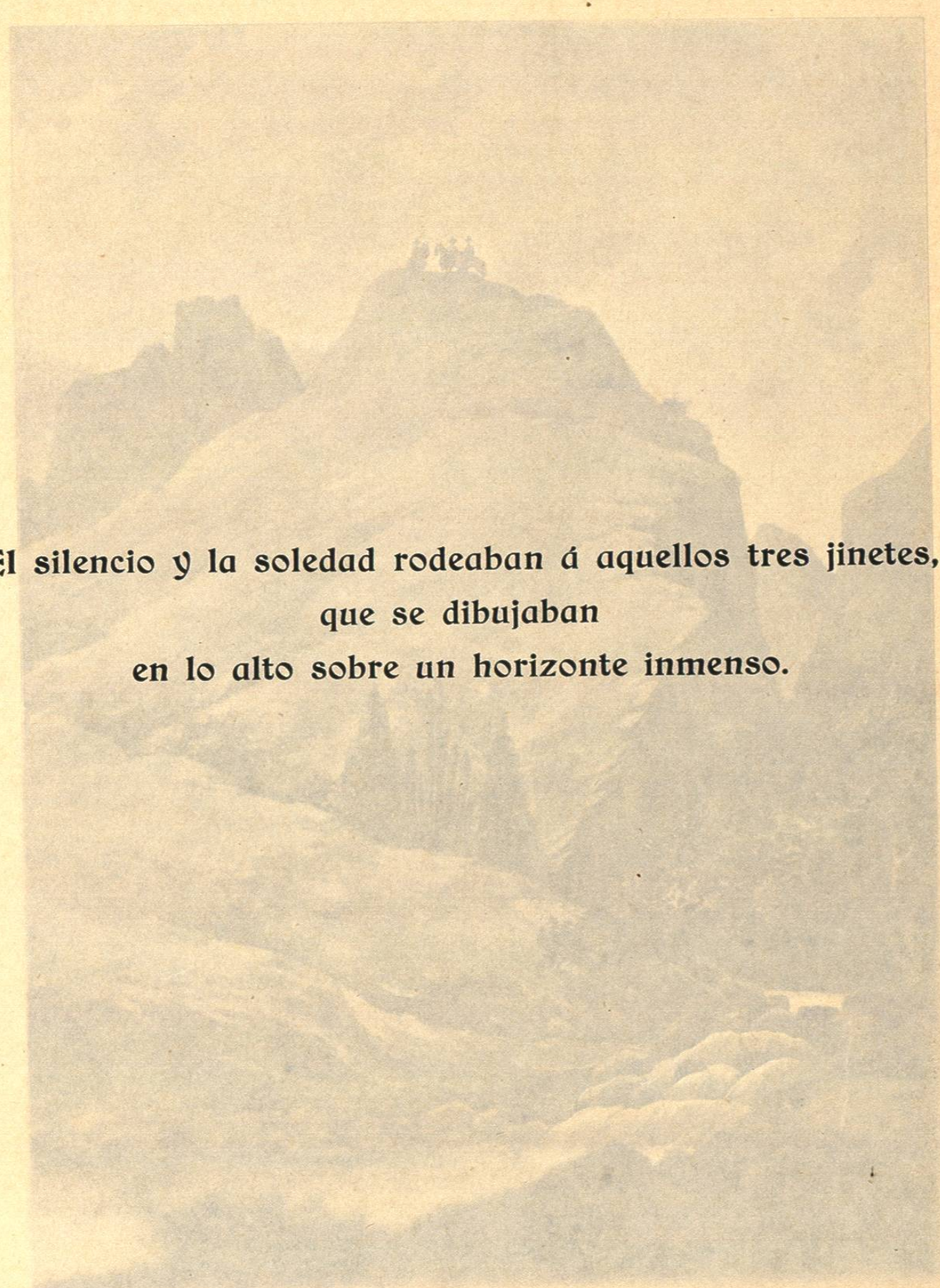
Con referencia á esto dice el general Díaz: «Antes de que tuviera yo tiempo de tomar de nuevo parte en la revolución, el general Santa Anna abandonó el país, dejando encargado del gobierno central á un triunvirato; pero pronunciada la ciudad de México, se reunió una junta que eligió Presidente al general D. Martín Carrera, todo lo cual dió el triunfo á la revolución de Ayutla, encabezada por D. Juan Álvarez. El gobierno del general Carrera, establecido en México, ordenó al general Martínez y Pinillos, gobernador de Oaxaca, que proclamara el Plan de Ayutla, y así lo hizo.»

El Plan de Ayutla había triunfado; pero ¡qué días tan funestos se preparaban para la República! Iba á dar principio la sangrienta guerra de Reforma.

Extendamos un instante la vista por el territorio nacional:

«El reaccionario Haro y Tamariz se pronuncia en San Luis Potosí; el general Carrera, en México, una vez sabido el embarco de Santa Anna, se adhiere al Plan de Ayutla, pero se reserva el mando supremo; Vidaurri, por su parte, en el Norte, engreído con fáciles triunfos que había obtenido, se creía con derecho hasta de ponerse al frente de la nueva situación. Así las cosas, aparecían con el general Álvarez cuatro centros, de los que, según los planes respectivos, tenía que partir la convocatoria para instituir nuevamente á la nación. La opinión, como era lógico, de un modo general favorecía al Plan de Ayutla en toda su pureza.

»Comonfort procura aunar aquellos centros de acción y encuentra facilidades al efecto; por tal manera, el general Álvarez, el iniciador de la lucha, llega á Cuernavaca al frente de sus tropas y da un manifiesto á la nación explicando el por qué del Plan de Ayutla y llamando, en cumplimiento de lo prescrito en el mismo, á los representantes de los Estados para que eligieran Presidente de la República. El día 4 de Octubre de 1855, dichos representantes dan su voto en favor del citado general. Tras esto, el Presidente interino convoca á elecciones de diputados al Congreso constituyente, excluyendo del voto activo y pasivo á los clérigos. El día 15 de Noviembre llegó á México,



**El silencio y la soledad rodeaban á aquellos tres jinetes,  
que se dibujaban  
en lo alto sobre un horizonte inmenso.**

dispararon, dió por resultado que los hombres montados, que de antemano le acompañaban.

Tras del estruendo pasado, se oyeron la señal cobrando a aquellos tres jinetes, que se dirigieron al punto de la montaña sobre un momento inmenso.

En vano era pretender resistir a los filibusteros con una fuerza consistente capaz de enfrentarse con ella, pues únicamente a la combinación de sus cañonetas y entre los peñascos de la sierra hacia la guerra a su modo, preparándose para emboscada. El teatro aquí, por la forma, era todo cubierto para evitar el ser visto por los recios embates de granada habidos.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

### El silencio y la soledad rodeaban a aquellos tres jinetes.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.

Tras de esto, para sus movimientos, se volvió de aquellos lugares, y dió principio a una peregrinación por el interior del país, que terminó con el cambio de personal del gobierno de México.



en donde fué recibido con muestras de simpatía, y el 23 decretó la supresión de los tribunales especiales, resolución que dejó al clero y al ejército sujetos á los jueces comunes. Los fueros de esas clases privilegiadas cayeron así por tierra.

»El presidente Álvarez, sin ambiciones de mando, y cumplido como había con la parte principal del programa de la revolución que iniciara, resignó el poder en el general Comonfort y se marchó á Acapulco, modesto en medio de su grandeza, glorioso con el recuerdo de los servicios que prestara en la época de la Independencia, primero, y luego en la evolución por la libertad.

»Comonfort, hombre de elevadas miras y de sentimientos nobles, juzgó, desde los primeros días de su gobierno, que la reforma se extremaba en un país que había vivido siempre bajo instituciones bien atrasadas; y por evitar conflictos propios de un cambio rápido, pretendió moderar los anhelos de la revolución. ¡Pretensión vana, en los momentos de expansión ardorosa en que los ímpetus de la opinión se desfogaban!

»El clero se mueve contra la Reforma; el antiguo ejército, que Comonfort conservó en las condiciones de organización que lo dejara Santa Anna, sin cambio alguno en el personal, pronto se alía con él, traicionando al Presidente sustituto. Se organizan los elementos del partido conservador; aparecen á su frente Haro y Tamariz, Osollos, Miramón y Mejía. Así comenzaba el año de 1856.

»El cuerpo legislativo derogó el decreto de Santa Anna relativo al restablecimiento de la Compañía de Jesús, y dictó la ley de desamortización de los bienes de las comunidades, con lo cual los intereses eclesiásticos se sintieron hondamente lastimados.

»En tanto, España presentaba al ejecutivo una apremiante reclamación sobre créditos de sus nacionales, é Inglaterra promovía otra diversa cuestión (1).»

Pero volvamos á nuestro biografiado.

Triunfante la revolución, se efectuaron fácilmente, de conformidad con sus tendencias, los cambios de gobiernos locales en favor de sus prosélitos, ó de aquellos que lo parecieran; y á virtud de esto, el general D. José María García, con el licenciado D. Cenobio Márquez como secretario, quedaba al frente de la administración de Oaxaca.

En el nuevo orden de cosas, tocó al ya ameritado joven Porfirio Díaz ser nombrado jefe político del distrito de Ixtlán, que formaba parte del departamento de Villa-Alta, gobernado por D. Nicolás Fernández y Muedra.

Los tiempos eran de lucha, y el jefe político se aprestaba á entrar en ella, dando al efecto principio á la organización de una fuerza de guardia nacional; mas el gobernante del departamento, señor Fernández Muedra, le previno que no obligara á los vecinos á un servicio de que estaban exceptuados por anterior disposición expresa, en que se decretaba que, por no considerarse aptos para tomar las armas á los habitantes del departamento de Villa-Alta, quedaban sin obligaciones á ese respecto.

La gracia, por lo demás, era humillante para los agraciados.

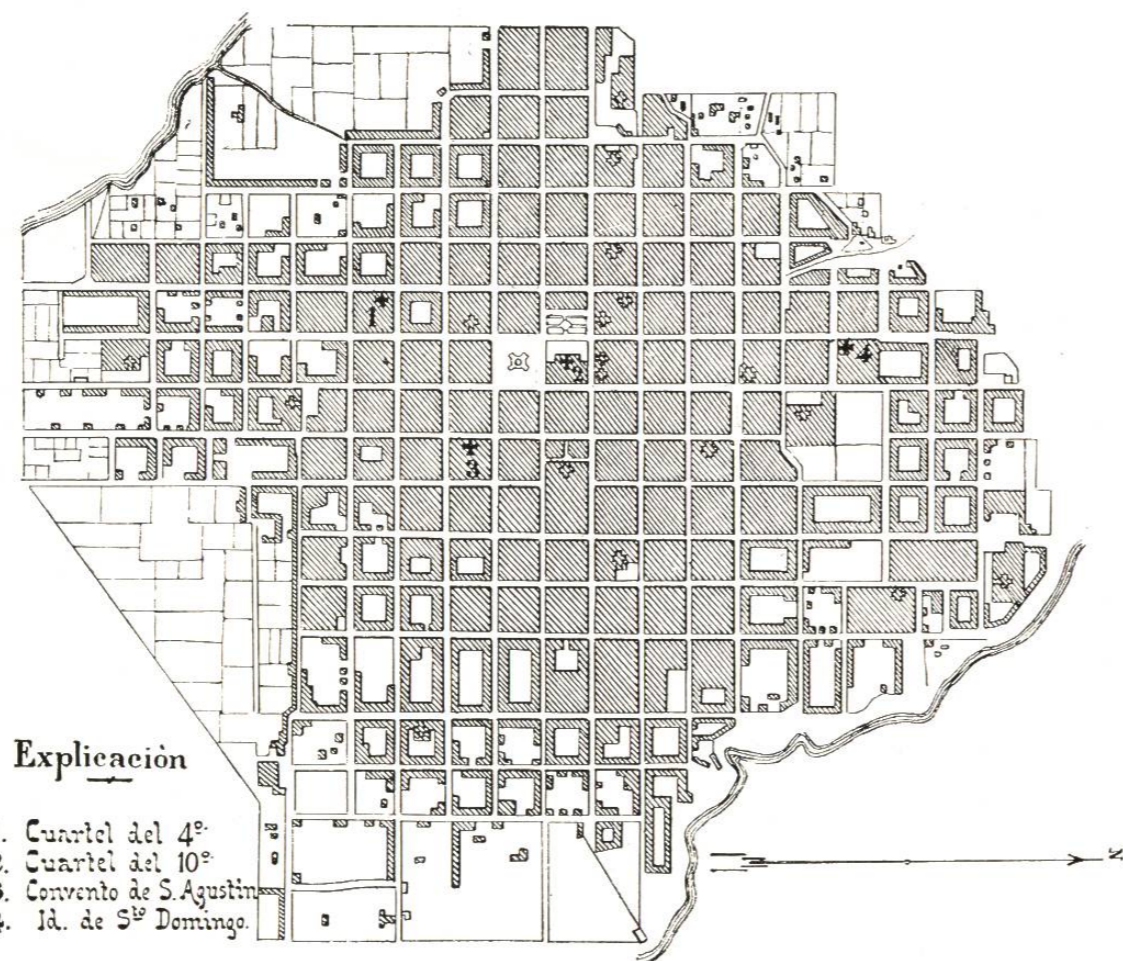
En tales condiciones, y sin querer prescindir Díaz de su empeño, bien explicable en aquella tormentosa época, dejó comprender lo depresivo del decreto á que se alude, y por otra parte, recurrió á medios especiales, concediendo ciertas gracias á los que espontáneamente quisieran tomar las armas. Por tal manera consiguió organizar una fuerza voluntaria y relativamente considerable, que

(1) *El Ejército*, escrito por el autor, págs. 39 y 40.

prestó importantes é inmediatos servicios, según se ve de los pasajes de su Autobiografía, que nos sirve de guía, y los cuales á continuación copiamos:

«Amagado un día el gobernador de Villa-Alta,—dice,— por una partida armada de juchitecos, pidió por mi conducto auxilio de fuerza al Supremo gobierno del Estado; transmití violentamente esa petición, y me puse desde luego en marcha con cien hombres de la guardia nacional que yo había improvisado, cuyo auxilio fué suficiente para alejar al enemigo.

» Á los pocos días de mi nombramiento, y cuando apenas comenzaba yo á conocer el distrito,



PLANO DE OAXACA, INDICANDO LA SITUACIÓN DE LOS CUARTELES DE LAS TROPAS DEL GOBIERNO Y LAS CONTRARIAS

recibí una comunicación del general García en que se me avisaba que, para evitar efusión de sangre en la capital del Estado, había tenido necesidad de aceptar una contra-revolución, provocada por los conservadores, y me ordenaba que la secundara. Contesté negativamente, fundándome en que no sólo no me encontraba yo en el caso que á él le había decidido á semejante proceder, sino que contaba con elementos de fuerza armada para contribuir al restablecimiento del orden, alterado en la capital del Estado, y que ya emprendía mi marcha sobre ella.

»Bien luego salí de Ixtlán sobre Oaxaca con cosa de 400 hombres; llegué á La Parada y puse mi avanzada en el pueblo de Tlalixtaca, á la vista de la capital; pero por un aviso de mis amigos, los directores de la política liberal D. Luis Carbó y D. Luis Fernández del Campo, y del mismo secretario del Gobierno, en que se me noticiaba que el general García había deshecho su pronunciamiento, regresé al punto de partida y retiré la tropa á sus hogares.

»Poco después supe que era sospechosa la conducta del general García, y con ese motivo volví á llamar á los alistados al servicio. Salí de nuevo de Ixtlán con menor fuerza de la que había tenido antes, porque dispuse de muy poco tiempo para organizarla, y me dirigí á la ciudad de Oaxaca, citando para el mismo lugar á todos los otros jefes políticos del Estado; pero solamente concurrieron á esa cita D. Pablo Lanza, jefe político de Ejutla, y D. Bruno Almaraz, de Miahuatlán, el primero con veinte hombres y con cien el segundo. Mi fuerza de serranos era de doscientos y tantos hombres.

»Una vez en la ciudad, y alojado en el convento de San Agustín, el general García me previno con severidad que volviera á mi distrito y disolviera la tropa. Le contesté negativamente, obrando de acuerdo con los señores D. Luis Carbó, D. Luis Fernández del Campo y D. José María Díaz Ordaz, que mandaban las fuerzas liberales, y me trasladé á Santo Domingo, en donde ellos tenían el cuartel general. De esa manera me substraí por completo á la obediencia del general García, y le manifesté que procedía así en virtud de órdenes recibidas del nuevo gobernador del Estado, nombrado por el Gobierno general, que era el señor Juárez, cuyas órdenes habían sido firmadas en la villa de Tepoxcolula, dentro ya del territorio del Estado á cuya capital se dirigía.»

Efectivamente, habiendo con razón desmerecido el general García ante el Gobierno general, se había acordado lo reemplazara en su puesto el licenciado D. Benito Juárez, á quien el mismo García había dado á reconocer pocos días antes de haber sido desconocido por los liberales, que levantaron las fuerzas á que se alude en lo inserto, y con las cuales se unió Díaz al trasladarse del cuartel de San Agustín, que ocupaba, al de Santo Domingo, donde dichas fuerzas estaban posesionadas. Éstas se habían formado de grupos del pueblo, que se apoderaron del citado cuartel de Santo Domingo, donde se encontraba la artillería y depósito de fusiles, con que se armaron más de 600 hombres, que no se atrevió á atacar García con el 1.º de infantería y el 4.º de caballería de que antes podía disponer, y menos cuando Díaz se les incorporó, dándoles así verdadera superioridad.

La perplejidad del gobernante desconocido por sus gobernados aumentóse, mas la inmediata llegada del señor Juárez puso fin al conflicto. El citado señor, que fungía como ministro de Justicia bajo la breve presidencia de Álvarez, fué destinado á Oaxaca, como se ha expresado, por el presidente Comonfort.

Mas veamos lo que sobre su arribo á la capital dice el general Díaz: «La llegada del señor Juárez á la ciudad de Oaxaca, verificada en los primeros días de Enero de 1856, puso fin á las dificultades existentes; y después de haber él determinado la marcha de las fuerzas de línea para la capital de la República, organizó los batallones de guardia nacional del Estado y mandó que los de los distritos volvieran á sus hogares.»

Al rendir sus cuentas el jefe político Porfirio Díaz, respecto de los fondos de que dispusiera para sostener sus tropas, se hizo notable la existencia de numerario que entregaba, y sobre todo, la manifiesta corrección y apenas explicable economía con que había procedido en el manejo de caudales. Bajo esta nueva importante faz se daba á conocer el joven esforzado, el entusiasta patriota, el que ya con carácter de autoridad política se puso en condiciones de obrar como militar para mejor servir los intereses de la causa bajo cuya bandera se había afiliado, conspirando contra la tiranía, y arrojándole el guante, al negar su voto al dictador Santa Anna en la plaza de Oaxaca; en la plaza de esa ciudad, en la que con sus fuerzas interviene poderosamente ahora para apagar la contra-revolución del partido conservador, intentada por el general García. Por tal manera iba descolando el hombre público en medio de las difíciles circunstancias del país.